

Frente libertario

Madrid,

21 de noviembre
de 1937

NUMERO 332

editado por el comite de defensa confederal -- región centro

PROMESA A LOS CAIDOS

A todos los hijos del pueblo que murieron en las trincheras de Madrid el honor, la gloria y la admiración de los proletarios españoles

Cumplido largamente el aniversario de la defensa de Madrid, y en el aniversario de los días en que la defensa de la capital de España había cuajado en líneas cerradas y firmes y se advertía claramente que todos los esfuerzos de las tropas rebeldes se estrellarían ante el heroísmo de los trabajadores españoles, vaya hoy nuestra admiración, nuestro respeto y nuestro agradecimiento a todos los camaradas que supieron cumplir con su deber de proletarios, con su deber de revolucionarios, y que con sus espíritus inflamados en deseos de victoria y de libertad, se lanzaron al combate, en el que las balas fascistas les cortaron la vida.

Vosotros, hombres del pueblo, españoles leales que supisteis superar las lindes de los supremos heroísmos, y también vosotros, camaradas de todos los países que, empujados por vuestros ideales de fraternidad y de libertad universales, reclamasteis un puesto en las trincheras de la España antifascista, jamás os veréis olvidados por los hombres que en el futuro español labrarán nuevas rutas a la dignidad humana. Vosotros, todos los que perdisteis la vida cerrando el paso a los rebeldes, sois hijos predilectos del pueblo español, de todos los trabajadores de España y de todos los trabajadores del Mundo; vosotros tendréis vuestro puesto en los futuros cantares de gesta de las luchas proletarias; y en tanto hoy, cuando todavía la metralla ruge sobre nuestros

campos y la batalla alcanza sus más aceradas vibra-

ciones, vosotros sois un símbolo adoptado y un

ejemplo a seguir por todos los antifascistas.



SOBRE LOS CUERPOS DE NUESTROS MARTIRES Y DE NUESTROS HEROES SE LEVANTARA LA GLORIA DE LA VICTORIA DEFINITIVA

La sangre derramada no será estéril; el sacrificio de los Domínguez, Arenas, Durruti, Belmier, Wolpianski, Martínez de Aragón, Rosas, Coll y tantos y tantos otros, rendirá tensos frutos de victoria y de redención. Y ese sacrificio impulsó y continuará impulsando a los trabajadores españoles hasta la victoria definitiva.

Madrid, la defensa de Madrid, ha sido el crisol donde se ha fraguado la libertad de todos los oprimidos de la tierra; las trincheras de Madrid son el sistema vascular por donde circula todo un futuro de redención y de paz; y la sangre de los caídos germinará en frutos seguros de victoria.

¡Héroes de la lucha española, soldados de la Libertad! En esta hora solemne en que nuevos horizontes se abren ante nuestros ojos, en esta hora crítica en que se están decidiendo los destinos del Mundo, el pueblo español renueva sus promesas tácitas de luchar sin desmayos hasta la victoria definitiva, hasta la conquista de sus libertades, contra todos los enemigos de fuera y de dentro de nuestras fronteras.

Es el mejor homenaje que puede rendirse a vuestra memoria; es la seguridad de que vuestro sacrificio y vuestro heroísmo no serán estériles; y es también la promesa firme de que no serán necesarias nuevas hecatombes para que todos los oprimidos del Mundo continúen su camino de paz y de trabajo.

Homenaje a Durruti en el primer aniversario de su muerte Batalla y muerte de Durruti ante Madrid

En el Monumental Cinema, totalmente ocupado por un público entusiasta, tiene lugar este homenaje al héroe popular

Con la amplísima sala del Monumental Cinema completamente abarrotada de público, tiene lugar este acto, en el que el pueblo madrileño, el pueblo que hace su vida normal a pocos metros de las avanzadillas, quiere prestar su homenaje cálido y temperamental al anarquista Durruti, Buenaventura Durruti, héroe popular por antonomasia, que supo venir a prestar su concurso material y espiritual al Madrid en peligro de hace un año.

Se inicia el acto con la proyección de un documental primero y de una revista después, que transcurre entre el interés y la emoción del público, especialmente en los momentos en que pasaban por la pantalla las escenas del entierro de Durruti, la del malogrado compañero Isabele Romero pronunciando un discurso y las escenas de la entrega de dos banderas a sendas brigadas de la XIV división, mandada por Cipriano Mera.

A continuación interpreta la orquesta "A las barricadas", que es oído con un silencio emocionado por todos los compañeros que llenan la sala. Tan sólo cuando la última nota del himno se extinguió, un "¡Viva la F. A. I.!" rotundo y unánime llenó, con su sonoridad todos los ámbitos del local. Es el "¡Viva la F. A. I.!" que tantas veces saliera de la garganta de Durruti, de nuestro Durruti.

Acto seguido, se procede a leer numerosas adhesiones al acto de diversas personalidades y entidades antifascistas. Entre ellas destaca la carta de los presos antifascistas, cuya lectura es interrumpida por vivas y peticiones del público.

Inmediatamente interviene el compañero Antonio Agraz, el gran poeta popular, autor de los "Romances de C. N. T.". Comienza recitando su romance "Pare usted la jaca", que es acogido con una gran ovación. Recita después el romance dedicado a la muerte de Durruti, titulado "Han matado a mi hermano Durruti", reboante de emoción y de dolor, y a continuación "El entierro de Durruti", que se crispa en emoción y en vivas, siendo despedido el compañero Agraz con una gran ovación.

David Antona, en sustitución de Federica Montseny, a quien ha sido imposible desplazarse a Madrid, ocupa la tribuna, y con palabra emocionada narra escenas de la vida de Durruti, nacido en las montañas de León y conocedor, desde temprana edad, de las injusticias y de las vejaciones de la antigua sociedad. Va a Barcelona, la inquieta, la rebelde, y desde los años 16 y 17 trabaja y se sacrifica por el anarquismo español. Perseguido, pasa a Francia, a América, otra vez a Francia, para intentar contra Alfonso XIII, junto con Ascaso y Jover. Pero fracasa en su intento, siendo detenido y encarcelado cerca de un año en la Santé, de París. Puesto en libertad, es expulsado de Francia, de Bélgica, de Alemania, etcétera, etcétera. Así hasta el 14 de abril de 1937, en que la República ilumina de esperanza y de fe el alma de Durruti, que vuelve a Barcelona, a su Barcelona, y a su Barcelona.

Estalla el movimiento de julio, después de montar guardia tensa durante varios días los hombres de la C. N. T. y de la F. A. I.

Reclama Antona para la C. N. T. los puestos de avanzada en los prolegómenos de la guerra; y, gracias a la C. N. T., no se impone el fascismo en la capital de Cataluña, sino que los grupos anarquistas de Barcelona logran imponerse y sofocar el movimiento dirigido por Goded.

Narra Antona cómo, una vez dominado el fascismo en Barcelona, se percató Durruti de la trascendencia del movimiento, y se dedica, con Manzana y otros, a organizar las Milicias populares, lanzándose hacia Aragón, de donde liberó kilómetros y kilómetros y formando un frente donde nunca se retrocedió.

Recuerda que Durruti era el hombre que no se guardaba a sí mismo y que sólo pensaba en el bienestar de los demás, en la comodidad y en el contento de sus hombres.

Llegan los días aciagos en que el fascismo se acerca a Madrid; sin municiones, sin medios, con moral relajada, el panorama era sombrío y los facciosos avanzaban.

Ya los proyectiles estallan en Madrid. Y entonces se opera la transformación sublime que hace posible la heroica resistencia.

Un Pleno regional de la C. N. T. pide al Comité Nacional que Durruti se traslade a Madrid. Y Buenaventura Durruti viene a Madrid, levantando la moral de

todo el pueblo y siendo el símbolo hecho carne que venía a darnos aliento para continuar la lucha. Y frente al Clínico cayó.

Miles y miles de campesinos y de proletarios salen al camino a testimoniar su adhesión; y Barcelona entera, aún los hombres más templados, vertieron lágrimas en el momento en que todas las banderas del antifascismo internacional se inclinaban para dar la despedida al caudillo del proletariado internacional.

Con unas ardientes palabras en defensa de los presos y de la unidad antifascista y de la fe en la lucha, termina el camarada Antona su discurso, que es acogido con una gran ovación.

La Comisión ofrece el micrófono al teniente coronel Ortega, que concurre al acto y que acepta, pronunciando unas palabras, en las que recuerda la prohibición de hablar que se ha hecho a los militares y cómo él fue el que recibió el mando del sector donde cayó el inmortal Durruti.

Pide disciplina y fe en la victoria y resalta la necesidad de los mayores sacrificios para cerrar el paso al invasor, imitando en esto a Buenaventura Durruti, terminando con un saludo antifascista y siendo despedido con cariñosos aplausos.

Un compañero de Fortificaciónes lee una poesía a la memoria de Durruti, siendo muy aplaudido.

Al final, la banda de la 39 brigada interpreta los himnos anarquista y confederal, siendo muy aplaudida y terminando el acto entre el entusiasmo del público.

Los Sindicatos y la guerra

No es posible desglosar la acción sindical de la acción de la guerra; pero sería un error considerar la centralización de la producción en manos de un organismo cualquiera. Los Sindicatos pueden acrecentar la producción y valorizar la economía, siempre que puedan desenvolverse libremente siguiendo las normas federativas del engranaje sindical. Hay que dotar al Sindicato de una flexibilidad aún mayor de la que tiene, facilitando los intercambios de productos. Para eso, el Estado debe velar por que a los centros de producción lleguen materias primas. Allanando obstáculos y dificultades, los Sindicatos, a más de fortalecer el espíritu de la victoria en la retaguardia, acrecentarán el valor de los hermanos que en los frentes bravamente han de conseguir la victoria.

En la retaguardia se trabaja incansablemente sin miras egoístas, y lo admirable es que precisamente son los auténticos productores los que más interés tienen en aumentar el rendimiento; pero también es cierto que son los que más obstáculos hallan para poder realizarlo. Se exigen los máximos sacrificios a quienes todo lo dan, y, sin embargo, los intermediarios, planta parasitaria de la producción, son los que tienen más facilidades y más protección. Esto es inconcebible. En lo que llevamos de lucha contra el fascismo, vemos que el pueblo productor ha dado de sí cuanto podía y, no obstante, quie-

nes más pregonan su antifascismo fueron, en días pasados, meros espectadores de la contienda y no hicieron otra cosa que colaborar al hundimiento de la economía precisamente para entorpecer el ascenso de la masa sindical que amenazaba desplazarlos conduciéndolos al campo de la producción, donde debe estar todo el que aspira a vivir colectivamente en una sociedad de respeto mutuo y de solidaridad fraternal.

La guerra y los Sindicatos son una misma cosa; saben perfectamente bien los obreros, los que pelean y los que trabajan, que son la medula de la economía, y, con un sentido de responsabilidad que llega a lo increíble, siguen manteniéndose firmes en el lugar que les corresponde, con una sola finalidad: vencer.

Si fueron los Sindicatos los que hubieron de resistir los primeros choques contra los militares sublevados, lógico es que sigan siendo los depositarios de toda la confianza antifascista, máxime cuando el más profano

Había muerto el caudillo hacía unas horas.

En secreto se mantuvo su muerte hasta el día siguiente.

Sabíamos el efecto moral que iba a producir en sus muchachos, y había que realizar en esas horas ataques que significasen epopeyas infinitas y ventajas definitivas para los leales.

Las fuerzas confederales habían de iniciar aquel día un ataque a fondo por el parque del Oeste, por donde el enemigo había encontrado fácil acceso a Madrid, atravesando el río Manzanares por el puente de Castilla, transitable por el olvido incomprendible de volarle a tiempo.

Por él pasaron los tanques contra los que se luchaba en la Ciudad Universitaria.

Los moros y el Tercio rivalizaban en ser los primeros en entrar en la capital de España.

Sus jefes, traidores y malos españoles, les habían prometido libertad en la rapiña y en el disfrute de las mujeres madrileñas.

¡Hijos de perra!

El puente de los Franceses, los Viveros, la Bombilla, el monumento a los soldados de Cuba, la Cascada, la Casa Rústica, habían caído en manos de la facción.

Un salto más de los traidores, y los veríamos irrumpir por el paseo de Rosales y adentrarse por las calles de los barrios de Vallehermoso, Pozas y Argüelles.

Hacia falta fuerzas de choque que supieran lo que era atacar, y, hasta si fuera preciso, clavar su cuchillo en los traidores y dejarse clavar en las bayonetas del enemigo.

Las fuerzas de Durruti fueron las honradas con el designio.

Con ellos fui, acompañado por mis muchachos.

Quería verlos luchar, confundirnos con ellos, atacar, vencer y gritar el vitor a la C. N. T. de España.

Entramos por la calle de Hilarion Eslava y nos estacionamos unos minutos en la plaza de la Moncloa.

Se dividieron las fuerzas: unas centurias atacarían por el paseo de Chapí; otras, siguiendo la línea centurias atacarían por el paseo de Chapí; otras, siguiendo la línea derían el contacto.

Uno, el que sea, bravo él, levantó el brazo armado de pistola, sin insignia alguna, pero con gesto de jefe, y gritó en catalán:

—¡Viva Durruti!

Y otro gritó en seguida:

—¡Adelante la C. N. T. y la F. A. I.!

Aquellos hombres, espíritu libertario al servicio de su idea y luchadores probados en su Organización sindical, combatida has-

en cuestiones sociales, de España y del Mundo, no ha tenido más que admiración por lo que han realizado los obreros mediante su Organización.

Hacé tiempo que los productores se movilizaron, y, si sus brazos no han dado más rendimiento, culpese a los responsables de no haberles procurado lo necesario para multiplicar sus energías acrecentando el rendimiento que haga de España una nación digna de dar al Mundo formas nuevas y métodos de producción basados en una equidad y en una justicia que sólo puede haber en una organización que hace del Estado una gran familia sindical donde todos producen y cada cual tiene derecho, como productor, a consumir de lo acumulado por esfuerzos unidos y orientados bajo los principios de la ley natural.

Talleres Socializados del S. U. I. G.

ta con el crimen, se lanzaron por entre la arboleda, subiendo y bajando los montículos como leones en caza.

Ni un tiro, ni un grito, ni un ¡ay!

Como tromba, como simún, como terremoto en la tierra y como ola en el mar, cayeron sobre los traidores, que, sorprendidos, huyeron con el intento de repasar el río, para abrigarse en sus nidos de la Casa de Campo y del cerro Garabitas.

La mortandad fue horrible entre la morisma y los soldados del Tercio.

Las mejores fuerzas de choque de los generales traidores, en su primer encuentro con las fuerzas de choque de los leales, quedaron derrotadas. El ejército traidor supo, por primera vez, después de su rebelión, lo que era un cuerpo a cuerpo con las fuerzas del pueblo, de la C. N. T. y de la F. A. I.

De ahí salió el pánico de los moros, que después, en combates sucesivos, cuando veían ondear la bandera rojinegra, huían espantados, gritando como poseos:

—¡F. A. I., no; F. A. I., no!

Madrid quedó a salvo, por el momento, de que el enemigo se apoderara de una sola casa de las barriadas extremas.

Por el puente de los Franceses podía circular el "tren de la muerte", tripulado por los valientes y heroicos ferroviarios.

La Cascada, la Casa Rústica, el monumento a los héroes de Cuba, el paseo de Chapí, el de Camoens, el parque del Oeste entero, había sido rescatado para los madrileños por los soldados salidos de Barcelona a reconquistar España de manos de los fascistas.

Las fuerzas confederales iban regando, con sangre de libertarios las afueras madrileñas.

En el parque del Oeste, como en la toma del edificio de la Facultad de Ciencias, como en el ataque al Hospital Clínico, en la Ciudad Universitaria, habían caído centenares de luchadores conscientes por la causa del pueblo y por la Revolución española.

Durruti también había caído en un momento crítico de la lucha.

Si sería difícil librarse del peligro, que aún hoy, estando en nuestro poder el terreno, no hay quien circule por él, porque está batido por el enemigo.

Una sección de sus fuerzas esperaba el momento del ataque. Durruti entró con su coche, sin miedo al peligro, por la carretera de la Universitaria que nace en la Dehesa de la Villa. Se entrevistó con sus muchachos en la Facultad de Ciencias. Habló con los jefes de la Columna Internacional que habían tomado la Facultad de Filosofía y Letras.

Cuando llegó a la cantina, al unirse con sus muchachos, una bala, una sola, de las muchas que en tormenta de hierro cruzaban en todas direcciones, disparadas desde el Clínico por el enemigo, mató al caudillo.

Se prohibió a los que lo recogieron que la noticia trascendiera a nadie.

Manzana, el hermano gemelo de Durruti, que también resultó herido en un brazo y en una mano, espíritu entero de hombre de combate, lloraba como un niño.

El espíritu del caudillo del pueblo siguió animando a los miles de hombres que le seguían.

Cuando su cuerpo yerto salía carretera adelante, que él pisó victorioso y entonces "desandaba" muerto, un grito salió del corazón de sus soldados:

—¡Viva Durruti!

¡Adelante la C. N. T. y la F. A. I.!

¡Hasta la victoria!

Mauro BAJATIERRA.

Visado por la
Censura